
Juan Tovar Ruiz

The Union for the Mediterranean

Federica Bicchi y Richard Gillespie (eds.). Oxon: Routledge, 2011, 240 pp.

Incluso en momentos convulsos en los que la deuda soberana y el propio euro parecen ser el centro de la atención de las cuestiones de política europea en sus diferentes dimensiones, aparecen libros que despiertan un renovado interés sobre cuestiones centrales de la política internacional europea como es el caso de la política mediterránea. En este sentido, la presente obra tiene además el valor de ser el primer libro que se escribe en su integridad sobre una organización tan importante y debatida como es la Unión por el Mediterráneo.

El libro que aquí se reseña engloba capítulos escritos por diversos especialistas de diferentes países en las múltiples dimensiones de la política mediterránea europea, que incluyen desde la política exterior de sus principales protagonistas como la propia Francia, España o los actores centroeuropeos hasta su influencia en el entramado institucional europeo, el Proceso de Paz entre israelíes o palestinos — causa de numerosos conflictos ya desde el incipiente Proceso de Barcelona —, la fundamentación teórica de dicha organización, su estructura organizativa interna o sus implicaciones de cara a la política energética, la cooperación al desarrollo o su futuro en el seno de los diferentes cambios que se vienen produciendo sobre la región.

Es interesante destacar cómo en el ámbito de la política exterior española o europea, las cuestiones mediterráneas han tenido un enfoque desigual en función del momento. Solo en aquellos casos en los cuales diferentes circunstancias externas como sucede en la actualidad tras las revueltas producidas en países del Norte de África y Oriente Próximo han vuelto a quedar de actualidad después de numerosos años de “letargo” como los que se produjeron entre los primeros momentos de la organización del denominado Proceso

de Barcelona, cuya consecución de los objetivos planteados en su declaración fundacional había sido sometida a debate —(Youngs y Amirah Fernández, 2005: 13-22) y la defensa por Sarkozy de la creación de la Unión por el Mediterráneo—.

En este sentido, la política mediterránea ha seguido los diferentes avatares de manera paralela al desarrollo de la política internacional europea, cuyo estadio final iba a ser supuestamente el Tratado de Lisboa que tantas declaraciones grandilocuentes motivó y tan pocos resultados parece haber traído en este momento. La política de los diferentes actores europeos que han sido los protagonistas de dicha política tampoco ha estado exenta de altibajos, si contraponemos la política grandilocuente de Sarkozy —aunque también más activa— a la actitud más discreta de Hollande o los tremendos efectos que la crisis económica ha traído para la política exterior española de los presidentes del gobierno Zapatero o Rajoy (Gillespie, 2012 a: 245-253).

Es muy interesante, en este sentido, la descripción en el capítulo 4 (Gillespie, 2012 b: 37-56) del libro de cómo la política exterior española ha acabado adaptándose al liderazgo francés sin demasiadas protestas, pese a haber sido originalmente España la promotora de un movimiento que fue incapaz de liderar —adoptando la posición de *entrepreneur*—, por su limitación de recursos, primero, y su ausencia de visión estratégica, después, quedando relegada al lugar de *junior partner* de Francia.

No es de extrañar, siendo esta una de las mayores limitaciones que tradicionalmente se han planteado respecto de la propia política exterior española, que únicamente en estos últimos tiempos parece haber comenzado a superar de manera incipiente dicha lacra, pero de manera condicionada por la falta de recursos existentes. No es de extrañar en este sentido, que el subsiguiente debate europeo haya tenido de protagonista a una Alemania que prefiere integrar dicha política en el ámbito de la acción exterior europea, viendo en la misma una manifestación de la debilidad de una España, incapaz de mantener siquiera una cierta co-dirección pese al “premio de consolación” que supuso el hecho de que Barcelona haya mantenido la sede de la organización.

La existencia de ciertos debates sobre la bilateralidad o multilateralidad de la misma y la “creación de una región”, también marcaría la divergencia de enfoques originales de Francia y España, introduciendo a estos otros actores europeos en el debate sobre la política mediterránea en el marco de la acción exterior europea.

Con todo y, en cierto sentido, el debilitamiento de la política de los defensores de la Unión por el Mediterráneo ha producido el mismo efecto en la organización a la que se alude aquí. La política de una Francia dañada por su actitud en Túnez, no suficientemente solventada por su empeño en intervenir en Libia, ha hecho imposible aprovechar en este año y medio los potenciales de una iniciativa cada vez más debilitada aunque igual de deseable que en el pasado.

Un aspecto que quizá hubiese sido interesante tratar de manera más detallada en el libro es la posible integración de la propia Unión por el Mediterráneo en el seno de la acción exterior europea post Lisboa. El Mediterráneo, aunque lógicamente no plantee la misma relevancia para todos los miembros de la UE, tal y como se recoge en el capítulo 5

(Schumacher, 2012: 57-66), sigue siendo una región prioritaria para la cooperación europea en muy diferentes ámbitos. El de la energía es uno de los más importantes tal y como se narra en el capítulo 11 (Darbouche, 2012: 191-210), pero también otros en materia económica o de seguridad como son los de la lucha antiterrorista, las cuestiones migratorias o las relaciones comerciales.

Una pregunta muy pertinente sobre la naturaleza de la Unión por el Mediterráneo es hasta qué punto es un fenómeno que puede haber quedado anclado a una cierta visión de las relaciones mediterráneas que hoy en día, arrastrada por el terremoto que ha supuesto la “Primavera Árabe”, ya no puede sostenerse. En cierto sentido, la propia Unión por el Mediterráneo, como el propio Gillespie acertadamente plantea en el último capítulo, establecido como una ventana de cara al futuro de las relaciones mediterráneas, había supuesto entablar relaciones con unas elites políticas y burocráticas que, o bien han sido arrastradas por las revueltas junto con los líderes de sus respectivos países, o luchan todavía por mantenerse en el poder, recuperar una “legitimidad perdida” o directamente sobrevivir.

En ese contexto, el conflicto entre israelíes y palestinos, antiguo elemento central de la política mediterránea europea por tener algún tipo de rol en una cuestión de una enorme centralidad política a nivel internacional, en parte por el interés de las propias autocracias árabes de desviar la atención de otro tipo de cuestiones como las correspondientes reformas políticas o la espinosa cuestión de los derechos humanos, que tanto han dividido la política exterior de los diferentes socios europeos y que solo han aceptado incluirse —habrá que ver hasta qué punto este discurso es capaz de verse implementado en la realidad— después de las protestas.

Es más que probable, por tanto, que de cara al futuro la inestabilidad regional desvíe la atención internacional de un proceso que, anteriormente, había supuesto un elemento central obligando a enfocarse en otras prioridades distintas que irán surgiendo a medida que los nuevos gobiernos se vayan consolidando; debiendo necesariamente la Unión por el Mediterráneo adaptarse a ellas.

El libro que aquí se reseña, en cualquier caso, constituye una valiosa iniciativa que permite conocer de manera más detallada los recovecos de una organización que ha supuesto un nuevo intento de superar las limitaciones de la acción exterior europea, en el marco de una región de primer orden para los intereses de sus diferentes miembros y que, constituyendo una importante iniciativa, parece más que necesaria si Europa quiere superar las dudas planteadas en el contexto del sistema internacional actual sobre su supuesta “irrelevancia” (Torreblanca, 2011). En este caso, las actuales circunstancias que se han conjurado en torno al mar que da nombre a dicha organización ha proporcionado la posibilidad de que así sea, siempre y cuando los líderes europeos tengan la voluntad política para no “olvidarse” de nuevo de la política mediterránea y continuar manteniéndola en el centro de la agenda. Este es el camino que parece que la iniciativa que condujo al establecimiento de la Unión por el Mediterráneo debe seguir marcando.

Referencias

- Amirah Fernández, H. y Youngs, R. (eds.). 2005. *La asociación euromediterránea una década después*. Madrid: Real Instituto Elcano y Friede.
- Darbouche, H. 2012. “Third Time Lucky? Euro-Mediterranean Energy Co-operation under the Union for the Mediterranean”, en Bicchi, F. y Gillespie, R. (eds.), *The Union for the Mediterranean*. Oxon: Routledge.
- Gillespie, R. 2012. “Guiados por la crisis: la política exterior y de seguridad en España en 2011”, *Anuario Internacional CIDOB 2011*: 245-253.
- 2012. “Adapting to French Leadership? Spain’s Role in the Union for the Mediterranean”, en Bicchi, F. y Gillespie, R. (eds.), *The Union for the Mediterranean*. Oxon: Routledge.
- Schumacher, T. 2012. “Germany and Central and Eastern European Countries: Laggards or Veto-Players?”, en Bicchi, F. y Gillespie, R. (eds.), *The Union for the Mediterranean*. Oxon: Routledge.
- Torreblanca, J. I. 2011. *La fragmentación del poder europeo*. Madrid: Icaria.